

PICASSO, GENIO INNOVADOR

Domingo Sánchez-Mesa Martín

Por esperada, no es menos impresionante la noticia de la muerte del genial pintor español Pablo Ruiz Picasso. Ante ella, y al filo del hecho, muchas son las reflexiones que cabe hacerse, pues muchas son también las genialidades de su arte y, por lo tanto, de su vida.

Se caracteriza el genio por lo imprevisto, por lo distinto, por lo auténtico frente a lo "normal", lo exactamente previsible, lo igual y hasta, si queremos, por lo lógico. A lo largo de la historia del Arte hay muchos artistas que su tiempo y, aún más, el venido tras ellos los ha definido como genios; pero, quizá, ninguno exija para sí, con mayor razón que Picasso, este apelativo. En este sentido indicamos la significación de Picasso como salvador de la autenticidad y libertad que el arte ha de tener para poder cumplir, con plenitud de certeza, su función de testimonio y su eficacia como medio de expresión universal del hombre.

Picasso, como también hizo Goya, se planta ante la corriente y desnuda el arte de servidumbres que lo esclavizan y le imposibilitan para cumplir sus trascendentes fines al servicio del hombre y de la propia vida.

Si Goya, según André Malraux, "prefigura todo el arte moderno, porque el arte moderno comienza en su propia libertad", Picasso lo consume, al romper, con intuiciones geniales, las rutinas y prejuicios que, hasta él, venía arrastrando. Picasso, destruyendo y arruinando incluso sus propios mitos, nace, obra tras obra, a un nuevo día, a un nuevo camino, porque nada hay en él de pasado, de retroceso, de sabido. Todo en su arte es denso y continuo bucear en lo desconocido, tras la realidad más cierta, más auténtica, más espontánea.

Esta naturaleza de su arte, siempre surgió de la realidad intensamente vivida, experimentada y, ante todo, trascendida por un lenguaje justo y diferente a cada una de sus emociones. Decía en 1935: "Si los asuntos que he querido expresar han sugerido medios de expresión distintos, no he vacilado jamás en adoptarlos. Motivos distintos

requieren inevitablemente distintos métodos de expresión". De ahí que su arte siempre haya inventado o creado la técnica o modo de expresión justos y más adecuados al sentimiento que quiere expresar. "¡Qué miserable destino -decía- el de un pintor que adora a las rubias y se ha de contener de ponerlas en un cuadro, porque no concuerdan con el cesto de frutas! ¡Cuán terrible es para un pintor que aborrece las manzanas tener que usarlas a cada momento, porque van tan bien con la tela! En mis cuadros pongo todo lo que me gusta. A las cosas -peor para ellas- no les toca sino aguantarse".

Si en una rápida mirada queremos experimentar lo que ha sido y, aún más, lo que seguirá siendo el genial pintor universal de Málaga, tendremos que sentir, en primer lugar, una cierta sensación de impotencia ante el que nunca, a lo largo de su vida, renunció a vivir intensamente, renunciando y destruyendo siempre, con arrolladora savia nutricia, estabilidades y paralizaciones que, como afirma Aguilera Cerni, "son la negación de la pura existencia artística". Y esta su existencia artística, sólo y siempre se justificará en "su humanidad". Christian Zervos afirmó: "Lo que cuenta no es lo que hace el artista, sino lo que él es. Cézanne no me hubiera interesado nunca, si hubiera pensado y vivido como Jacques-Émile Blanche, aunque la manzana pintada por él hubiese sido diez veces más hermosa. Lo que nos interesa es la inquietud de Cézanne, son los tormentos de Van Gogh, es decir, el drama del hombre. El resto es falso".

Con Picasso alcanza su plenitud el arte, como medio acusador, como compromiso de definición del hombre ante los demás y ante sí mismo. Con él deja de ser la pintura un manjar que se toma o se desprecia, según el apetito, para convertirse, a veces, en algo que molesta o duele cuando hay culpa y en algo que acompaña y fortalece cuando hay conciencia de luchar y de buscar la verdadera dimensión humana de la convivencia más perfecta y trascendente.

Desde el trasfondo sensiblemente cierto y humano de su época azul, hasta lo terriblemente profundo, y también humano, de su actitud ante la guerra, como bien queda dicho en su "Mujer llorando", de 1937; en el "Guernica", de 1937, o en la "Matanza de Corea", de 1951, se asoma al drama humano y, ante él, se define. En esta línea escribió Picasso en su mensaje al Congreso de Artistas Americanos: "Siempre he creído, y lo sigo creyendo todavía, que los artistas que viven y trabajan según los valores no pueden ni deben permanecer indiferentes a los conflictos en que están en juego los más altos valores de la Humanidad y de la civilización".

Así, con su arte siempre al hombro, impulsado por la gravedad de su naturaleza, Picasso ha dicho al mundo las cosas más trascendentes, en formas tan espontáneas y ciertas, que son de siempre y para siempre. El dijo: "Si una obra de arte no puede vivir siempre en presente, no merece ser tomada en consideración".